



REFUGIO

TERRY TEMPEST WILLIAMS

TRADUCCIÓN DE REGINA LÓPEZ MUÑOZ



errata naturae

*Para Diane Dixon Tempest
que entendía el paisaje como refugio*

PRIMERA EDICIÓN: febrero de 2018

TÍTULO ORIGINAL: *Refuge*

© Terry Tempest Williams, 1991

By arrangement with the Author. All rights reserved.

© de la traducción, Regina López Muñoz, 2018

La traductora agradece a Marco A. Escudero, «pajarero» de SEO/BirdLife
y amigo, su ayuda y asesoramiento durante todo el proceso de traducción de este libro.

© Errata naturae editores, 2018

C/ Doctor Fourquet 11

28012 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-16544-71-4

DEPÓSITO LEGAL: M-337-2018

CÓDIGO BIC: BM

IMAGEN DE PORTADA: Philip Lee Harvey / Getty Images

MAQUETACIÓN: A. S.

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

GANSOS SALVAJES

*No tienes que ser bueno.
No tienes que recorrer de rodillas
cien kilómetros por el desierto, arrepentido.
Sólo tienes que dejar que el animal manso de tu cuerpo ame lo
que ama.
Háblame de desesperación, la tuya, que yo te hablaré de la mía.
Entretanto, el mundo sigue su curso.
Entretanto, el sol y los guijarros transparentes de lluvia
se desplazan por los paisajes,
sobre los prados y árboles densos,
las montañas y los ríos.
Entretanto, los gansos salvajes, en el aire azul y límpido del cielo
vuelven otra vez al hogar.
Seas quien seas, por muy solo que estés,
el mundo se brinda a tu imaginación,
te llama igual que los gansos salvajes, áspero y emocionante,
anunciando una y otra vez tu lugar
en la familia de las cosas.*

*Dream Work,
Mary Oliver*

PRÓLOGO

Todo es exagerado en el Gran Lago Salado: el calor, el frío, la sal y el agua salada. Se trata de un paisaje tan surrealista que uno nunca sabe con seguridad qué es.

En los últimos siete años, el Gran Lago Salado ha avanzado y retrocedido. El Refugio para Aves Migratorias del Río Bear, devastado por las inundaciones, empieza ahora a recuperarse. Los voluntarios comienzan a reconstruir las ciénagas del mismo modo que yo trato de reconstruir mi vida. Me siento en el suelo de mi estudio, rodeada de periódicos y revistas. Los abro y caen plumas de entre las páginas, la arena cruje en los lomos, y las ramitas de salvia colocadas entre pasajes dolorosos agudizan mi sentido del olfato; y recuerdo la región de la que procedo y hasta qué punto moldea mi existencia.

Casi todas las mujeres de mi familia han muerto. Cáncer. Con treinta y cuatro años, me convertí en la matriarca.

NOTA BENE

A lo largo de esta edición se ha traducido la palabra inglesa *flock* por «bandada» y no por «bando». Ambas pueden usarse de manera indistinta, pero se ha optado por la primera al ser la más habitual en las publicaciones que no son estrictamente científicas, como es el caso.

Las pérdidas que encontré en el Refugio para Aves Migratorias del Río Bear a medida que crecía el Gran Lago Salado me ayudaron a enfrentarme a las pérdidas en el seno de mi familia. Cuando casi todos se habían dado por vencidos con el refugio, afirmando que las aves se habían marchado, yo me sentí aún más atraída hacia su esencia. Así como muchos se baten en retirada cuando alguien se está muriendo, yo opté por quedarme.

Anoche soñé que caminaba por las orillas del Gran Lago Salado. Vi un pájaro morado flotando en el agua, mecido suavemente por las olas. Me metí en el lago y, haciendo un cuenco con las manos, recogí el pájaro y lo llevé a la orilla. El morado se transformó en oro, el pájaro dejó caer la cola y empezó a cavar un escondrijo en la arena blanca, en el que se metió y se cubrió desde dentro con sal. Yo me marché. Estaba anocheciendo. Al día siguiente, volvía a la orilla del lago. El marco de madera de una puerta, sin apoyos, formaba un arco que yo debía franquear. De pronto, se transformaba en el templo de Atenea Niké. El pájaro ya no estaba. Yo me quedaba allí de pie con mi recuerdo.

En la siguiente escena del sueño me encontraba en la consulta de un médico que me decía: «Tiene usted cáncer en la sangre, y dispone de nueve meses para curarse». Desperté perpleja y aterrorizada.

Puede que esté contando esta historia en un intento por curarme, por enfrentarme a lo que no conozco, por crear mi propio camino guiada por la idea de que «el recuerdo es el único camino a casa».

Me había retirado del mundo. Esta historia es mi regreso.

TTW
4 de julio de 1990

MOCHUELOS DE MADRIGUERA

Nivel del lago: 1.281,59 m¹

El Gran Lago Salado queda a unos veinticinco minutos de nuestra casa. Desde la entrada de Emigration Canyon, la zona donde vivimos, me dirijo hacia el oeste y paso por delante de Brigham Young, que corona el monumento llamado «Éste es el lugar». Cuando llego a la altura de Foothill Drive, giro a la derecha, dejo atrás la Universidad de Utah y tuerzo otra vez a la derecha, dirigiéndome hacia el este hasta alcanzar South Temple, lo que requiere un giro a la izquierda. Pocos kilómetros después llego a Eagle Gate, el arco de bronce que franquea State Street. Me desvío de nuevo a la derecha. Una manzana más adelante, giro a la izquierda en North Temple y paso por delante

¹ El nivel del lago se determina según la altitud de su superficie por encima del nivel del mar. (Todas las notas son de la traductora).

del Tabernáculo Mormón de Temple Square. Desde ahí ya sólo tengo que seguir a las gaviotas en dirección oeste, más allá del Aeropuerto Internacional de Salt Lake City.

El Gran Lago Salado: naturaleza salvaje al pie de la ciudad; una ribera movediza que siembra el caos en las carreteras; islas demasiado inhóspitas, demasiado remotas para ser habitadas; agua en el desierto que nadie puede beber. Es la mentira líquida de Occidente.

Recuerdo un experimento en la escuela: llenábamos de agua un vaso; la superficie del contenido era de apenas unos centímetros cuadrados. Luego, vertíamos la misma cantidad de agua en un plato llano grande; varios cientos de centímetros cuadrados. Casi todos los lagos del mundo son como vasos de agua. El Gran Lago Salado, con una profundidad media que apenas alcanza los cuatro metros, se parece al plato llano. Luego, añadíamos dos o tres cucharadas de sal al vaso de agua para que la salinidad completara la analogía.

El experimento continuaba: dejábamos el plato y el vaso en el alféizar de la ventana. A medida que el agua se evaporaba, observábamos que en el plato aparecían costras de sal mucho antes que en el vaso. Los cristales eran preciosos.

Dado que el Gran Lago Salado se halla en la parte más profunda de la Gran Cuenca, el sistema cerrado más grande de Norteamérica, es un lago endorreico, sin salida al mar.

El nivel hidrostático fluctúa salvajemente en función de los cambios climáticos. El lago recibe sol en torno al

setenta por ciento del tiempo, de media. Con frecuencia el agua alcanza los treinta y dos grados de temperatura, y absorbe energía suficiente para evaporar casi 1,2 m de agua anuales. Si las lluvias exceden esta tasa de evaporación, el Gran Lago Salado crece. Si por el contrario las precipitaciones caen por debajo del porcentaje de evaporación, el lago se retira. Si a esto le añadimos el volumen ingente de afluencia desde la cordillera de Wasatch y la sierra de Uinta, al este, empezamos a observar el vivo retrato del cambio.

El Gran Lago Salado es cíclico. A finales del invierno, el nivel del lago aumenta con el deshielo de las montañas. Para la última etapa de la primavera empieza a disminuir, cuando el tiempo se vuelve lo bastante cálido para que la pérdida de agua por evaporación en la superficie sea mayor que la suma de afluencias procedentes de riachuelos, aguas subterráneas y precipitaciones. El lago empieza a crecer de nuevo en otoño, cuando descienden las temperaturas y la afluencia es más significativa que la pérdida por evaporación.

Desde que el capitán Howard Stansbury publicara en 1852 su *Exploración y estudio del Gran Lago Salado*, el nivel de las aguas ha variado hasta en seis metros, lo que ha alterado algunas zonas de la ribera hasta en veinticinco kilómetros. El Gran Lago Salado está rodeado de salinas, llanuras cubiertas de salvia y tierras de labranza; una levísima crecida dilata de manera considerable su área. En los últimos veinte años, la superficie del Gran Lago Salado ha pasado de 3.885 km² a los 6.475 km² actuales. Ahora

mismo es del tamaño de Delaware y Rhode Island, aproximadamente. Se estima que una crecida de tres metros en el Gran Lago Salado cubriría otros 622 km².

Para entender mejor la relación que existe entre área y volumen en el Gran Lago Salado, imagina que viertes un pelín de agua en el fondo de un cucurucho de papel. No hace falta mucha para levantar un centímetro. Sin embargo, si quisieras subir un centímetro el nivel de agua en la parte más alta del cucurucho, tendrías que aumentar considerablemente el volumen de agua añadida. El lecho del Gran Lago Salado tiene forma cónica. Hace falta mucha agua para que el lago aumente un centímetro cuando ya está crecido, y bastante menos para que crezca en años con niveles bajos.

Los oriundos de la región de la Gran Cuenca, los del valle del Lago Salado en concreto, hablamos del nivel del Gran Lago Salado como si fuera una suerte de código. Por ejemplo, en 1963, el Gran Lago Salado alcanzó su mínimo histórico de 1.277,42 m. Diez años más tarde, registró su máximo histórico, 1.280,16 m, más o menos el mismo nivel que los exploradores John Fremont y Howard Stansbury se encontraron en las décadas de 1840 y 1850.

El 18 de septiembre de 1982, el Gran Lago Salado empezó a crecer a consecuencia de una serie de tormentas acontecidas a primeros de mes. Los 17,8 cm de precipitaciones sólo en ese mes (comparados con la media anual en torno a 38 cm de 1875 a 1982) hicieron de aquel septiembre el más húmedo del que se tiene registro en Salt Lake City. El lago siguió creciendo durante los diez meses

siguientes a raíz de unas nevadas más copiosas de lo habitual en el invierno y la primavera de 1982-1983, a las que se sumó un tiempo atípicamente frío (que acarreó una menor evaporación) durante la primavera de 1983. Desde el 18 de septiembre de 1982 al 30 de junio de 1983 se registró la mayor crecida estacional jamás registrada, de 1,55 m.

A lo largo de estos años las conversaciones en las calles de Salt Lake City han girado en torno al lago: 1.281 m, y subiendo. Ya no es sólo el telón de fondo perfecto para una puesta de sol espectacular. Es el escenario de una tragedia urbana. A cada uno le preocupa por un motivo. 1.283,7 m fue el máximo histórico, registrado en la década de 1870. Las autoridades municipales eran conscientes de que el Aeropuerto Internacional de Salt Lake City se inundaría si el Gran Lago Salado alcanzaba los 1.286 m. Las urbanizaciones que rodean la ribera quedarían sumergidas con el nivel en 1.282 m. Los agricultores cuyas tierras se anegaban cada día un poco más a consecuencia de las crecidas intentaban desesperadamente poner diques o vender. Y el ferrocarril Southern Pacific lucha sin tregua desde 1959 por mantener las vías por encima del nivel de las aguas, veinticuatro horas al día, trescientos sesenta y cinco días al año.

Mi preocupación se situaba en los 1.282 m, el nivel que, según mi mapa topográfico, significaba la inundación del Refugio para Aves Migratorias del Río Bear.

Hay aves que te permiten evaluar tu propia vida. En mi caso son los mochuelos de madriguera que hay a ocho

kilómetros de la entrada al Refugio para Aves Migratorias del Río Bear. Centinelas. Todos los años me alertan sobre las regularidades del territorio. En primavera los descubro anidando, en verano buscan comida con sus pollos, y en invierno abandonan el refugio por un lugar más cómodo.

Lo más característico de estos mochuelos es su hogar. Brota de las llanuras alcalinas igual que un puño cubierto de tierra. Si te propusieras examinar qué hay dentro de los dedos contraídos, te encontrarías con un agujero oscuro, la entrada.

«¡Tttsss! ¡Tttsss! ¡Tttsss!».

No es una serpiente de cascabel. Son los gritos desesperados de las crías de mochuelo de madriguera.

Los adultos se posan en lo alto del montículo con las presas ante ellos, normalmente pequeños roedores, pajarillos o insectos. La entrada está plagada de huesos y plumas. Recuerdo encontrar un muestrario de plumas amarillas, igual que un felpudo, por todo el umbral: de pradero oriental, tal vez. Los mochuelos persiguen religiosamente a sus presas al anochecer.

Los mochuelos de madriguera forman parte de la comunidad del desierto, y aprovechan las madrigueras abandonadas de los perritos de la pradera. Históricamente, había bisontes en las llanuras del continente, seguidos por manadas de perritos de la pradera que ventilaban el suelo tras el peso de la estampida de cascos. Los hurones patinegro, las serpientes de cascabel y los mochuelos de madriguera habitaban las márgenes, donde hallaban una abundante fuente de alimento entre los roedores comunes.

Con la pérdida de territorios desérticos se vuelve inevitable la disminución de la población de perritos de la pradera. Y lo mismo ocurre con los hurones y los mochuelos de madriguera. Las serpientes de cascabel, por el contrario, se adaptan mejor.

En Utah, los perritos de la pradera y los hurones patinegro son especies en peligro; los hurones están casi extinguidos. Al mochuelo de madriguera se lo califica de «amenazado», un escalón político por debajo del estatus de especie en peligro de extinción. Los mochuelos de madriguera que hay cerca del refugio representan un milagro cada vez mayor.

Habían creado su territorio justo después de uno de los meandros del río Bear. Cada vez que me dirigía al refugio hacía una primera parada allí, me detenía en el arcén y los observaba. Revoloteaban a mi alrededor, con una envergadura en ocasiones de sesenta centímetros. Ondeando de poste en poste me distraían del nido. Los mochuelos poseen un cuerpo de menos de treinta centímetros de altura, cubierto de plumas color trigo y sostenido por dos patas larguiruchas. Son capaces de echar a arder la hierba con la mirada. Unos ojos amarillos que intensifican la luz.

El siseo protector de las crías de mochuelo de madriguera es un recuerdo adaptativo de su íntima relación con las cascabeles de la pradera. ¿Serpiente o mochuelo? Quién querría arriesgarse a averiguarlo...

En el verano de 1983 los mochuelos de madriguera me generaron mucha preocupación; me preguntaba si las aguas crecientes del Gran Lago Salado habrían inundado

también sus casas. Sentí un gran alivio al descubrir no sólo el montículo intacto, sino también cuatro mochuelillos a la entrada. Uno de los encargados del refugio se detuvo en la carretera y me comentó que había sido un año espléndido para ellos.

«Cuánto me alegro», contesté yo. «El lago no se lo ha llevado todo por delante».

Estábamos a finales de agosto y unas concentraciones inmensas de limícolas aún se alimentaban entre *atriplex confertifolias* sumergidas.

Meses más tarde, una amiga mía, Sandy López, vino de visita desde Oregón. Habíamos hablado muchas veces del refugio para aves. Los cisnes chicos habían llegado ya; era un día perfecto para ir a la ciénaga.

Desde Salt Lake City se tarda un poco más de una hora en llegar al Refugio para Aves Migratorias del Río Bear. He descubierto que las conversaciones que surgen en el coche a menudo se reanudan en tierra firme.

Hablamos de rabia. De mujeres y del paisaje. De la explotación de nuestros cuerpos y del cuerpo de la tierra.

—Está todo relacionado con la intimidad —dije yo—. Los hombres definen la intimidad a través de sus cuerpos. Es algo físico. Y definen la intimidad con la tierra del mismo modo.

—Muchos hombres han olvidado a lo que están conectados —añadió mi amiga—. El sometimiento de la mujer y de la naturaleza pueden ser consecuencia de una pérdida de intimidad consigo mismos.

Hizo una pausa y me miró.

—¿Tú sientes rabia?

Tardé un rato en contestar.

—Siento tristeza. A veces me siento impotente. Pero no sé muy bien qué significa sentir rabia.

Recorrimos varios kilómetros.

—¿Y tú? —quise saber.

Ella miró por la ventanilla.

—Sí. Puede que tu generación, la que viene justo después de la mía, esté un paso más lejos del dolor.

Llegamos a la carretera de acceso al refugio y cogimos los prismáticos, dispuestas a observar aves. La mayoría de las aves acuáticas habían emigrado, pero aún quedaban unos pocos malvasías canelas, porrones americanos y cucharas comunes. La ciénaga espejeaba como el topacio.

Cuando ya estábamos a unos ocho kilómetros al oeste del refugio, y a poco menos de dos del montículo de los mochuelos de madriguera, empecé a hablar de ellos, de los *Athene cunicularia*. Le conté a Sandy el día en que mi abuela y yo los descubrimos. Fue en 1960, el año en que me regaló la *Guía de campo de las aves occidentales* de Peterson. Lo sé porque feché la imagen de los mochuelos en el libro. Desde entonces, venimos todos los años para presentarles nuestros respetos. Aquí se han criado generaciones enteras de mochuelos de madriguera. Me volví hacia mi amiga y le conté que cuatro mochuelillos habían sobrevivido a las crecidas.

Estábamos deseando verlos.

A unos setecientos metros de distancia aún no distinguía el montículo. Levanté el pie del pedal y avancé en

punto muerto. Fue como si me encontrara en un territorio desconocido.

El nido había desaparecido. Lo habían eliminado. En su lugar, a unos quince metros, había una construcción de hormigón con un letrero, CLUB DE CAZA DE BARNACLA CANADIENSE. Una valla nueva aplastaba la hierba con una advertencia escrita a mano: PROHIBIDO PASAR.

Nos bajamos del coche y fuimos hasta el lugar donde había estado el montículo desde que yo tenía memoria. Nada. No había ni rastro.

Una camioneta azul se detuvo a nuestro lado.

—Buenas. —Se tocaron la visera de las gorras de béisbol—. ¿Buscan ustedes algo?

No dije nada. Sandy no dijo nada. Entorné los ojos.

—No nos los hemos cargado. Los muchachos del departamento de carreteras vinieron y echaron la grava. Lo hicieron en dos patadas. Hay que reconocer que los mochuelos esos eran más guarros que el copón, dejando cagarros por todos lados. Y suerte al que pretenda dormir con los bichos esos dando chillidos toda la noche. Había que largarlos. De todas formas nos hemos apostado con los del condado que el año que viene por estas fechas ya se habrán colocado en algún otro sitio por aquí cerca.

Los tres nos miraron desde el asiento delantero y volvieron a tocarse la visera. Y se marcharon.

La contención es la línea de acero que separa una mente racional de una violenta. Ya sabía lo que era la rabia. Era un fuego en el estómago.

Fui al refugio otro día. Supongo que mi deseo era volver a ver el montículo en su sitio, con la familia de mochuelos encima. Lógicamente, no fue así.

Me senté en la gravilla y me puse a tirar piedras.

Casualmente, la misma camioneta azul con los mismos tres tipos se paró a mi lado: los autoproclamados dueños del recién erigido club de caza de barnacla canadiense.

—Buenas, señora. ¿Todavía anda buscando los mochuelos? ¿O eran gorriones?

Uno de ellos guiñó un ojo.

De pronto, volví a ver el montículo de los mochuelos de madriguera, el puño cubierto de tierra que se alzaba sobre las llanuras salinas. El mismo que aquellos tipos de barriga cervecera habían arrasado.

Me acerqué tranquilamente a la camioneta y me apoyé en la portezuela. Levanté el puño a escasos centímetros de la cara del conductor y con mucha calma levanté el dedo corazón.

—Esto es para vosotros: de mi parte y de parte de los mochuelos.

Mi madre estaba escandalizada, no tanto por la desaparición de los mochuelos de madriguera, que la puso muy triste, sino por mi actitud. Las mujeres no hacían gestos obscenos a los hombres, bajo ningún concepto. Negó con la cabeza y afirmó no tener ni idea de a quién había salido.

En la cultura mormona, la historia y la genealogía son dos cosas que se conocen bien. Yo provengo de una familia

profundamente arraigada en el oeste americano. Cuando se volvió demasiado costoso para la recién fundada Iglesia financiar a varios miles de inmigrantes para llegar hasta Utah, los líderes religiosos decidieron proporcionar a los colonos carros de dos ruedas de un tamaño similar a los que usaban los vendedores ambulantes de manzanas, que un solo hombre podía empujar desde Misuri hasta el valle del Lago Salado. Mis antepasados formaron parte de aquellas «compañías de carretillas» originales en la década de 1850. La fe los ayudó a sobrevivir. Cubrieron un trayecto de mil novecientos kilómetros con muy pocas provisiones. Fue un pequeño sacrificio en nombre de la libertad religiosa. Casi ciento cincuenta años más tarde, aquí seguimos.

Yo soy la primogénita de mi familia, y tengo tres hermanos varones: Steve, Dan y Hank.

Mis padres, John Henry Tempest III y Diane Dixon Tempest, se casaron en el templo mormón de Salt Lake City el 18 de septiembre de 1953. Mi marido, Brooke Williams, y yo mantuvimos la tradición y nos casamos el 2 de junio de 1975. Yo tenía diecinueve años.

Nuestra familia también incluye a los abuelos maternos y paternos: Lettie Romnie Dixon y Donald «Sanky» Dixon, Kathryn Blackett Tempest y John Henry Tempest Jr.

Hay cantidad de tías, tíos y primos que dilatan los vínculos familiares por todo el estado de Utah. Si alguna vez me planteo quién soy, sencillamente acudo a una reunión familiar de los Romney y me hallo en los ojos de todos mis parientes. Resulta reconfortante y perturbador al mismo tiempo.

He conocido a cinco de mis bisabuelos. Ellos me enseñaron con sus historias que la estirpe importa. Llevamos la genealogía en la sangre. Poseemos un concepto de la historia, como pueblo y como familia. Y nuestra historia está ligada a la tierra.

Me inculcaron la creencia en un mundo espiritual, que la vida existe antes de la tierra y que seguirá existiendo después, que cada ser humano, ave y junco, y el resto de formas de vida, posee una existencia espiritual antes de aparecer físicamente en la tierra. Cada uno ocupaba una esfera de influencia asignada, cada uno tiene su lugar y su propósito.

Para una niña, todo eso tenía sentido. Y si al mundo natural se le asignaban valores espirituales, los días pasados en la naturaleza salvaje eran sagrados. Aprendíamos a muy temprana edad que Dios se encuentra dondequiera que estés, sobre todo al aire libre. Las prácticas religiosas familiares no se ceñían únicamente a ir los domingos a la iglesia.

Los fines de semana acampábamos junto a un riachuelo de la Gran Cuenca, en las montañas de Stansbury o las de Deep Creek. Mi padre se llevaba a los chicos a cazar conejos mientras mi madre y yo nos sentábamos a charlar en un tronco en medio de un bosquecillo de álamos temblones. Me contaba historias de cuando era niña y pintaba labios rojos en los troncos de los árboles para practicar los besos. O de cuando se tumbaba en el alfalfar de su abuela a observar las nubes.

—Nunca he conocido los límites de mi capacidad para la soledad —me decía.

—¿Soledad? —preguntaba yo.

—El don de saber estar solo. Nunca me canso.

Los hombres volvían, locos por cenar. Mamá cocinaba en un hornillo de cámping marca Coleman mientras papá contaba anécdotas de su niñez, como la de aquella vez en que su padre le requisó la escopeta de perdigones durante un año por haber disparado a todos los tulipanes rojos del jardín de su madre, uno detrás de otro. Se partía de risa. Nos partíamos de risa. Luego llegaba el momento de bendecir la comida.

Después de cenar nos metíamos en los sacos de dormir formando un círculo, con las cabezas hacia el centro, como una bandada de codornices, y veíamos el cielo de la Gran Cuenca llenarse de estrellas. Lo que nos unía a la tierra también nos unía a los demás.

Los días que más me gustaban eran los que pasábamos en el río Bear. El refugio para aves era un santuario para mi abuela y para mí. Yo la llamo «Mimi». Paseábamos por la carretera con los prismáticos al cuello, observando aves, sin más. Centenares de aves. Aves tan exóticas para una niña criada en el desierto que dejaban muda la imaginación. Lo imaginario era real en el río Bear.

Recuerdo muy especialmente un ave. Lucía una túnica de plumas canela, blancas y negras. El cuerpo reposaba sobre unas patas alargadas y delgadas. Patas azules. Bajaba la cabeza con garbo en la orilla de la ciénaga y empezaba a revolver el agua de lado a lado con el pico, delicado y respingón.

«¡Pliiic! ¡Pliiic! ¡Pliiic!».

Tres más aterrizaron. Con sumo cuidado, mi abuela posó una mano sobre mi hombro y me susurró: «Avoetas». Yo tenía nueve años.

Con diez, Mimi pensó que ya tenía edad para hacer una excursión especial con la National Audubon Society² a los humedales aledaños al Gran Lago Salado. Montamos en un autocar en el centro de Salt Lake City y pusimos rumbo al norte por la carretera 91, en paralelo a la cordillera Wasatch a la derecha y al Gran Lago Salado a la izquierda. En cuanto salimos de la ciudad y nos relajamos, nos dieron una lista oficial de las aves del Refugio para Aves Migratorias del Río Bear.

—Animamos a todos los participantes a que tomen copiosas notas y registren escrupulosamente las aves que avisten —proclamó la señora de pelo gris recogido en una cola de caballo que repartía las tarjetas.

—¿Qué significa copiosas y escrupulosamente? —le pregunté a mi abuela.

—Significa que tienes que estar muy atenta —contestó ella.

Saqué mi cuaderno y dibujé las nucas de los observadores de aves.

Salimos de la carretera y el autocar atravesó la pequeña ciudad de Brigham City, con sus calles bordeadas de sicomoros. Su disposición no se diferencia mucho de la de

² Organización estadounidense sin ánimo de lucro fundada en 1905 y dedicada a la conservación de la naturaleza.

la mayoría de localidades mormonas de Utah: una capilla para la reunión semanal, un tabernáculo para las citas comunitarias y un templo cercano (en este caso, en Logan) donde se celebran rituales sagrados. El césped bien cortado, los barrios immaculados. Pero el letrero que se exhibe sobre Main Street, la calle mayor, hace única esta ciudad. En luces de neón reza: BRIGHAM CITY: PUERTA DEL MAYOR REFUGIO PARA AVES DEL MUNDO. Tan indisoluble del color local de la comunidad, en mi opinión, que nadie lo ve ya, salvo los recién llegados y tal vez las aves que pasan volando por debajo.

Un anciano menudo con gafas de montura metálica y una desgastada gorra de golf se puso de pie en la parte delantera del autocar y empezó a hablar por el micrófono de mano. «Señoras y señores, dentro de unos quince kilómetros llegaremos al Refugio para Aves Migratorias del Río Bear, el primer santuario del país para aves acuáticas, creado el 23 de abril de 1928 gracias a una ley especial del Congreso».

Yo estaba hecha un lío. Creía que la ciénaga se había creado primero en el mundo espiritual y luego en la tierra. No até cabos para llegar a la conclusión de que Dios y el Congreso andaban conchabados. Mimi me dijo que más tarde me lo explicaría todo.

El hombre contó a continuación que el refugio para aves se ubicaba en el delta del río Bear, que desaguaba en el Gran Lago Salado. Eso sí lo entendí.

«Gente, este autocar es como un reloj. Vista al frente, por favor. Todo recto son las doce en punto; justo detrás,

las seis. Las tres las tienen a su derecha. Cualquier ave que identifiquemos a partir de este momento tendrá que anotarse en consecuencia».

El autobús se transformó en un perro de caza, en un labrador sobre ruedas, que decidía dónde estaba el mediodía simplemente señalando en esa dirección. ¿Qué hora sería si un ave decidía volar de las nueve a las tres? ¿Serían las nueve y cuarto o las tres menos cuarto? Todavía más preocupante me resultaba la posibilidad de que una bandada volara entre las cuatro y las cinco. ¿Serían las cuatro y veinte aves? ¿Las cuatro treinta? ¿O habría que adelantar las manecillas del reloj hasta las cinco, sin más? Opté por no molestar a mi abuela con estos pormenores y me enfrasqué en mi guía de campo sin índice, en las ilustraciones a color de los patos.

«¡Ibis a las dos en punto!».

Los frenos chirriaron y el autocar se detuvo. Las puertas se abrieron como fauces y todos salimos en fila. Allí estaban, decenas de ibis con las caras blancas y brillantes, alimentándose en el campo. Las plumas eran castañas al primer vistazo, pero el más leve movimiento provocaba iridiscencias rosas, moradas y verdes.

Otra bandada aterrizó muy cerca. Y otra. Y otra. Se deslizaban formando líneas diagonales con las cabezas y los cuellos estirados, y las patas larguísimas tras ellos, y durante el segundo previo al momento en que tocaban tierra parecía que fueran a caer de boca. Debíamos de estar observando cerca de un centenar de ibis sondeando las tierras de labranza colindantes con la ciénaga.

Nuestro guía nos contó que comían lombrices e insectos.

«Qué buena vista», pensé, dado que yo sólo alcanzaba a ver los picos curvos como guadañas desapareciendo entre la hierba.

Mimi me susurró que los ibis son los compañeros de los dioses.

—Un ibis escolta a Thot, el dios egipcio de la sabiduría y la magia, guardián de la puerta de la luna, en el cielo. Y los ibis son de dos colores: unos son negros, y los otros son blancos. Se cree que los ibis negros están relacionados con la muerte, y que los blancos en cambio son la celebración del nacimiento.

Miré a los ibis negros en los campos.

—Cuando un ibis esconde la cabeza debajo del ala para dormir, parece un corazón. El ibis sabe lo que es la empatía —añadió mi abuela—. Recuérdalo, y acuérdate también de que come lombrices.

También me dijo que si yo era capaz de aprender una forma nueva para decir la hora, también podría aprender una manera nueva de medir las distancias.

—La zancada del ibis fue una unidad de medida en la construcción de los grandes templos del Nilo.

Me senté junto a las ruedas traseras del autocar y ponderé la relación existente entre un morito del río Bear y un ibis que rebuscara comida a orillas del Nilo. En mi joven mente, tenía algo que ver con la magia de las aves, con el hecho de que tienden puentes entre culturas y continentes con las alas, con su mediación entre cielo y tierra.

Cuando volvimos al autobús y reanudamos el camino, escribí en mi cuaderno: «Cien ibis, moritos cariblanco. Compañeros de los dioses».

Mimi estaba encantada.

—Aunque nos fuéramos ahora mismo —declaró—, ya sólo por los moritos ha merecido la pena.

Pero hubo muchas más aves. Muchas, muchísimas más. En los siguientes kilómetros avistamos en torno al «reloj» patos, gansos y varias limícolas. El autobús circulaba y los íbamos viendo todos. Yo sacaba los brazos por la ventanilla e intentaba tocar las alas de las avocetas y las cigüeñuelas. Conocía estas aves de nuestros viajes privados al refugio. Formaban parte de mi familia.

Las cigüeñuelas de cuello negro volaban junto al autocar plateado, arrastrando unas patas largas que parecían serpentinadas coloradas.

«¡Ip-ip-ip! ¡Ip-ip-ip! ¡Ip-ip-ip!».

No tenían los picos aplanados y hacia arriba, como las avocetas, sino rectos como agujas de zurcir.

El viento me masajeaba la cara. Cerré los ojos y me recosté en el asiento.

Mimi y yo nos apeamos y almorzamos en la ribera. Dos achichiliques, serpentinos y con los ojos color rubí, pescaban, sumergiéndose en las aguas prometedoras. Salían a la superficie con pececillos plateados que se debatían entre afiladas mandíbulas. Unas golondrinas verde mar rozaban la superficie del agua en busca de mosquitos mientras una garceta nívea se posaba en el filo del aliviadero.

Con un sándwich de cangrejo en una mano y los prismáticos en la otra, Mimi me explicaba por qué se había creado realmente el refugio para aves.

—Puede que la mejor forma de entenderlo sea pensar que se recrearon los humedales originales. Fue la degradación de las ciénagas de la bahía del río Bear lo que llevó a establecer un santuario.

—¿Y eso? —pregunté.

—Las ciénagas estaban disminuyendo por varios motivos: la desviación de las aguas del río Bear para la irrigación, el incremento de salinidad durante las crecidas del Gran Lago Salado, una caza excesiva y una epidemia dramática de botulismo, una enfermedad conocida como «la enfermedad del pato».

»La creación del Refugio para Aves Migratorias del Río Bear ayudó a preservar las características principales de una ciénaga de agua dulce. Se construyeron presas para contener las aguas del Bear y estabilizar, regular y controlar los niveles de agua dentro de los límites de la ciénaga. Esto contribuyó también a controlar el botulismo y al mismo tiempo mantener a raya los niveles de sal. Entretanto, las aves prosperaron.

Después de comer, me encaramé a la torre de observación de las oficinas del refugio. Cualquier sensación de miedo a las alturas que pudiera sufrir al ascender los infinitos tramos de escaleras de acero se esfumó ante la visión de las aves que había ante mí. La ciénaga era como un mosaico verde y azul donde las aves se movían, un paisaje fluido.

Por la tarde recorrimos los treinta y cinco kilómetros del perímetro que rodea el refugio. Las carreteras coronaban las presas, bordeadas por profundos canales de agua con juncos y cardenchas. Vimos malvasías canelas (el hombre que teníamos al lado los llamaba «patos rufos»), cucharas, cercetas y ánades silbones. Vimos garzas, garcetas y rálidos. Tordos sargentos posados en espadañas cantaban acompañados de cucaracheros pantaneros piquilargos mientras las ratas almizcleras nadaban entre las sombras que formaban las nubes. Familias numerosas de barnaclas canadienses ocupaban las aguas abiertas, y los cuervos, por su parte, peinaban las márgenes buscando nidos con huevos desprotegidos.

La ciénaga rebosaba buena salud, y unos círculos concéntricos se abrían a partir de un ánade real que comía «con el trasero levantado».

Al término de la jornada, Mimi y yo habíamos marcado sesenta y siete especies en nuestra lista, muchas de las cuales yo no había visto nunca antes. Un búho campestre se cernía sobre las espadañas. Fue la última ave que vimos al abandonar el refugio.

Me quedé dormida en el regazo de mi abuela. Sus manos fuertes y angulosas sobre mi frente me protegían los ojos del sol. Soñé con agua, con espadañas y con todo lo que ocultan.

Cuando volvimos a casa, mi familia estaba ya sentada a la mesa.

—¿Qué habéis visto? —me preguntó mi madre. Mi padre y mis tres hermanos levantaron la vista.

—Pájaros... —dije, cerrando los ojos y abriendo los brazos como si fueran alas—. Cientos de pájaros en la ciénaga.